

**Francisco RODRÍGUEZ VALLS, *¿Qué es la antropología?* (Biblioteca de Conceptos Fundamentales I), Sevilla, Editorial Senderos, 2020, 178 pp., 12,90 €. ISBN: 978-84-122414-3-3.**

*<https://doi.org/10.46543/ISID.2130.1010>*

Acercarnos a esta obra escrita en pleno confinamiento —entre miedos y certidumbres—, cuando estamos inmersos en el proceso de vacunación en el mundo occidental, supone una compenetración entre autor y lector profundamente sugerente. Si tenemos en cuenta que la propuesta que se nos hace está enclavada en una realidad existencial mostrada con claridad y de forma amable, nos hará entrar en una dinámica de reflexión que va más allá de lo puramente analítico, especulativo o reflexivo para adentrarnos en la propia comprensión del mundo que nos rodea. Es pensar desde la crisis para proponer. Trata de valorar lo heroico y las deserciones, en un ambiente humano —junto a su familia— lo cual le permite contrastar con lo real, eliminando esa sospecha de futilidad que tiene todo pensamiento filosófico.

Se unen en el ámbito de comprensión la crisis económica de muchos y el enriquecimiento de algunos, el miedo ante la falta de omnipotencia que creíamos tener y la realidad limitada que se nos ha impuesto, la responsabilidad de unos y la necesidad de otros, el heroísmo del mundo sanitario y la inutilidad del mundo político, la salvación propuesta por la ciencia y la finitud evidente del número de muertos aún no asumidos en el existencial social y personal. El lector se sentirá interpelado personalmente, en su mirada comprensiva del entorno y del mundo, en su diferenciada acepción, tal como se expone en la obra.

La propuesta de contraste que se nos ofrece supone entrar en la realidad antropológica desde un espíritu realista, no buenista, pero sí esperanzador, para abordar al ser humano en toda su complejidad y simplicidad a la vez.

Encontramos dos libros unidos por la búsqueda.

En un primer momento, metodológico, se presenta la antropología filosófica, la trascendental (sus marcos teóricos) y la interdisciplinariedad de las diversas antropologías, para terminar con una reflexión sobre la subjetividad humana.

En un segundo momento, trascendental, su mirada es metafísica, pero realiza un aterrizaje concreto: supervivencia, existencia, la

razón pura, la quiebra de los trascendentales, la mentira, la maldad, la fealdad, la apariencia, la máscara, el sentido comunitario, la dignidad e indignidad, la autoconciencia, el espíritu. Estos serán muchos de los variados temas tratados.

La obra está marcada por una gran sencillez clarificadora, porque pone en diálogo a las disciplinas; esta claridad aumenta por la inclusión de un apartado dedicado a conclusiones (en cada capítulo), y uno final —a modo de glosario— que le otorga unidad a la obra. La claridad es un éxito de la obra, que no hace propuestas impositivas, sino abiertas, ganándose la confianza del lector desde el momento en que sugiere empezar por la segunda parte al “no avezado en filosofía y que, en consecuencia, busca directamente el tema central del pensamiento sobre el ser humano”.

Los capítulos son breves, asequibles, ordenados, sin abuso de citas —casi no las incluye—, lo que no impide descubrir la facilidad del conocimiento de los autores y corrientes desde el inicio del pensamiento occidental hasta los temas abiertos en la actualidad de la historia contemporánea de la filosofía que derivan especialmente en este cyber-pensamiento en el que andamos caminando. Como la mayoría de tratados de antropología —que pretenden ser abarcadores de la filosofía por su preocupación por el hombre— el autor no se introduce en la comprensión de la persona desde otras culturas. Se trata de una carencia del pensamiento occidental. La preocupación por la persona, por el planeta, por la situación social marcan el ritmo al que vuelve una y otra vez el autor y le da un realismo provocativo que hace pensar en primera persona, desde su realidad, al lector.

Se mueve en el plano de lo ontológico, pero deriva en lo ético-político, saliendo de ese terreno inmediatamente, por no ser el objeto de su estudio, pero es casi imposible, máxime cuando se plantea la Declaración de los Derechos Humanos como fundamento del reino de los fines.

Desde el comienzo (capítulo 1º) aparece el ser humano como necesitado de ver un sentido para vivir, necesitado de dar sentido a su existencia y, en la medida en que lo logra, se le abren las puertas de la realidad. Todo ser humano debe dar sentido a su vida.

De esta forma entendemos que la ciencia no sustituye a la vida (capítulo 2º), pero puede ayudar a construirla, desde aquí redefine con Foucault, las categorías, para entender de nuevo al ser humano, aterrizando en la necesidad de una renovación medioambiental

como responsabilidad moral. Estamos ante una realidad transhumana que lleva a una vida estresante que hace que se oculte la conciencia. Solo un trabajo filosófico interdisciplinar —concluye la primera parte— ayudará a una comprensión real del ser humano.

En la segunda parte, el autor comienza el camino afirmando que la finalidad de la existencia (capítulo 3<sup>o</sup>) es llevar a plenitud la vida, y para ello es necesario verla como proyecto. Distingue entre lógica de la vida y lógica de la existencia, nos enfrenta con los valores y fines, no con los medios y la eficacia, analizando para ello el saber convertido en instrumento económico y político; para superar esta limitación, la contemplación nos ayudará en el juego especulativo, porque el ser humano es poliédrico y responsable, distinto, así, de los animales: la contemplación como superación.

Partiendo de esta propuesta, Rodríguez Valls diferencia (capítulo 4<sup>o</sup>) entre la persona humana y lo vivo, volviendo al análisis clásico de los trascendentales, que los entiende (una idea genial) como contraposición de contrarios y clarifica, así, la comprensión profunda del ser humano. La contraposición entre lógica de la supervivencia y de la existencia ordena la mirada a los trascendentales, y marca el ritmo de la argumentación.

Es profundamente clarificador cuando enfrenta unidad y pluralidad, verdad y mentira, belleza y fealdad, bondad y maldad; es decir, no se puede entender la persona humana como línea recta. La persona es plural y llega a la unidad cuando adquiere principios. Esta reflexión nos ayuda a entender y buscar solución al problema del hombre al asumir el buenismo ingenuo de la metafísica.

El autor relaciona la identidad con la existencia auténtica, que es la verdad; esta, a su vez, prepara para la bondad o maldad, para terminar relacionándolas con belleza y fealdad. Entiende que el ser humano es muchas realidades en una, y observa a las personas en sus posibilidades de salvación y condenación, amor y odio, apertura y cerrazón.

La persona —planteará en el capítulo 5<sup>o</sup>— es una condición que no se adquiere ni se pierde. Comienza haciendo un recorrido histórico para enfrentarse con el problema de la conciencia, del yo.

El yo es un plural intergeneracional, el ser humano se encuentra existiendo, requiere individualidad para tener responsabilidad personal, pero la individualidad se dirige hacia la construcción de mundos compartidos.

El profesor Rodríguez Valls propone que la persona trascienda la especie en el terreno de lo que puede ser una metafísica del hombre: pasar del humanismo al personalismo (no la corriente filosófica) para salir el *sapiens* de su especismo biológico, buscando el bien de la totalidad del planeta.

Estamos ante un ser cuya acción constituye y forma de tal manera que vale la pena existir. De esta forma nos hace enfrentarnos con la dignidad de lo humano —en el capítulo 6º, el último— donde indica que el ser humano debe hacerse digno de la propia condición. La dignidad de lo humano es su posibilidad de horizonte y de caída, ambas simétricas. Dignidad es el valor que poseen los seres personales.

El juego de los pronombres, usado en cuanto a la relación más familiar de la designación, insinúa el debate abierto acerca de la filosofía del lenguaje, y más que esto nos embarca en dar salida a un correcto uso del lenguaje que nos introduzca en el camino de la verdad. El reino de los fines es el reino de los pronombres: las relaciones entre sujetos fundadas en el reconocimiento, en el respeto, en el apoyo mutuo. La conclusión del capítulo vuelve a retornos en repensarnos porque la libertad es lo definitorio radical de la persona, dignidad por disponer de sí (autoconciencia, autoposesión y autodesignación) que la convierten en devenir: una valoración de la persona ni pesimista ni utópica en cuanto a su bondad.

Persona es la posibilidad ontológica, no solo operativa, de autoposesión, autoconciencia y autodesignación biográfica y colectiva. El ser humano rompe y supera el especismo con el que no pueden acabar el resto de las especies. El ser humano sale de la lógica de la supervivencia, puede crear un universalismo ético, actuar en consecuencia constituye en dignidad a la especie humana.

Llegamos al final de un libro que se cuestiona quién es el ser humano durante todo su recorrido. El ser humano difiere de su hacer, su ser le convierte en persona, su hacer le hace persona con mérito o demérito. Las conclusiones son un glosario de temas, un final de afirmaciones que han sostenido la reflexión: la naturaleza humana es conocerse y expresarse continuamente, sin descanso.

El autor termina presentando 21 libros para profundizar, no solo los cita, sino que indica su utilidad.

Da la impresión —tras la lectura de la obra— de haber estado al mismo tiempo pensando con el autor, asistiendo a una clase deliciosa

y amable —donde se amplía con las referencias bibliográficas las posibilidades de profundizar— y al mismo tiempo, conocer el alma del que escribe a través del cuento final (quizás demasiado simple).

La bibliografía general es breve y real, sin aditivos, variada y relacionada con el glosario que observamos de temas.

**Manuel Sánchez Sánchez**

*Facultad de Teología San Isidoro de Sevilla*

*ssmanolo@yahoo.es*